CIBERAVENTURAS EN INFOGALAXIS

El código secreto de la Puerta Estelar

Libro 1

Autora: Andrea Becsei



Este libro pertenece a este pequeño viajero espacial:

Libro 1: El código secreto de la Puerta Estelar

Para las familias: la pista de esquí digital

Querida familia:

Imagina que es invierno. Una nieve recién caída y brillante cubre la cima de la montaña, y una pendiente empinada y tentadora baja hasta el valle. Le pones a tu hijo los esquís más modernos y rápidos. Le ajustas el casco, le das una palmadita de ánimo en el hombro y lo impulsas suavemente cuesta abajo.

Pero has olvidado enseñarle a frenar.

Da miedo pensarlo, ¿verdad? Y, sin embargo, a veces hacemos algo muy parecido cuando damos a nuestros hijos un móvil, una tableta o un robot que cuenta cuentos. Los lanzamos a una pista de esquí digital por la que la información circula a una velocidad increíble. Pero no siempre les enseñamos a reducir la marcha, detenerse, cambiar de dirección o reconocer las zonas resbaladizas.

Este libro nació para ayudar a los más pequeños, y también a los adultos, a convertir el mundo digital en un lugar seguro para explorar y jugar, en vez de un territorio confuso. No queremos quitarles la tecnología. Queremos enseñarles a usarla con buen criterio. Porque internet es una galaxia maravillosa e infinita cuando sabemos orientarnos por ella de forma segura.



Capítulo 1: Del desván a las estrellas

Lili y Miki eran hermanos. Lili tenía cinco años y sus ojos siempre brillaban como la nieve recién caída. Quería saberlo todo: por qué el cielo era azul, por qué se dormían las flores y adónde iba la luz cuando apagaban la lámpara.

Su hermano Miki, de siete años, era diferente. Era un pequeño inventor muy tranquilo. Podía pasarse horas construyendo torres con bloques de madera y engranajes viejos, hasta hacerlas llegar casi al cielo.

Aquella tarde encontraron una extraña caja plateada en el rincón más oscuro del desván del abuelo. No tenía cerradura ni botones. Solo una pantalla de cristal en la parte de arriba que brillaba suavemente, como una luciérnaga.

«¡Mira, Miki!», susurró Lili. «Parece un trocito de estrella».

Cuando Miki tocó el cristal, la caja empezó a emitir un suave zumbido y proyectó una imagen en el aire. Ante ellos apareció un enorme bosque tejido con hilos luminosos. En vez de hojas, las ramas estaban cubiertas de puntitos brillantes, unidos entre sí por hilos de plata.



«Bienvenidos a InfoGalaxis», susurró de la nada una voz suave, musical y metálica. «Aquí viven los pensamientos, las historias y los conocimientos de las personas. Pero la entrada a la galaxia está cerrada. Solo puede pasar quien tenga la Llave Secreta».

De pronto, la habitación empezó a temblar. Las paredes desaparecieron y, donde antes estaba la alfombra blandita, una Nave Burbuja transparente flotaba y se balanceaba suavemente bajo sus pies.

Miraron a su alrededor sin dar crédito a sus ojos. Muy por debajo de ellos brillaba la Tierra azul. Delante se extendía la oscuridad infinita del espacio, atravesada no por estrellas, sino por millones de corrientes de datos luminosos. Parecía que todas las luces de Navidad del mundo se hubieran encendido a la vez en el cielo.

A lo lejos flotaba una gigantesca estación espacial futurista, con enormes alas de paneles solares. Era exactamente como las estaciones espaciales que Miki imaginaba para el futuro. Aquella era la Ciberpuerta.



«¿Viven robots ahí?», preguntó Lili, pegando la nariz al cristal.

«No solo robots, Lili», respondió una voz nueva.

Del panel de mandos de la nave salió una diminuta criatura voladora. Parecía un búho, pero sus plumas estaban hechas de delicadas placas de metal. En lugar de ojos normales, dos pantallitas verdes y amables parpadeaban ante ellos.

«Me llamo Kiber-Huba. Soy uno de los guardianes de la galaxia. Y vuestro viaje acaba de empezar. Pero tened cuidado: en el espacio, las cosas no siempre son lo que parecen. Aquí hay robots despistados, trampas brillantes y tormentas digitales. Y quizá intenten llevarse vuestros tesoros más valiosos: vuestros nombres, vuestros dibujos y vuestros secretos».



Capítulo 2: El Escudo de Diamante y el astuto Zorro Espacial

La Nave Burbuja flotaba en silencio ante la gigantesca Ciberpuerta plateada. Las enormes alas de paneles solares de la estación se extendían por la oscuridad como los brazos de un gigante amistoso. Pero un grueso escudo de luz roja bloqueaba la entrada.

«¡Introducid el Código Secreto para entrar!», retumbó la voz grave y mecánica del Ordenador Guardián.

«¡Ya lo sé!», exclamó Lili, acercando un dedito a la pantalla. «¡Mi código es PONI! ¡Porque los ponis son lo más bonito del mundo y nunca se me olvidará!».

Kiber-Huba dio de pronto una vuelta en el aire. Sus ojos pasaron del verde amable a un naranja preocupado.

«¡Ay, no, pequeña Lili, detente!», dijo Huba con una voz que tintineaba como canicas de cristal. «Si tu código es solo poni, es como cerrar tu cofre de tesoros más preciado atándolo con una sola brizna de hierba seca».



«¿Por qué?», preguntó Miki, rodeando a su hermana con un brazo. «Poni es una palabra bonita. ¿Quién querría hacerle daño?».

Kiber-Huba se posó en el panel de mandos y tocó el cristal con un ala. Fuera de la nave apareció una figura dibujada con polvo de estrellas. Parecía un zorro, pero su pelaje estaba tejido con hilos de luz violeta y su cola parpadeaba como una pantalla averiada.

«Ese es el astuto Zorro Espacial», explicó Huba. «No es malvado. Solo es tremendamente curioso y travieso. Le encanta colarse en los escondites digitales de los demás, desordenar sus juegos, leer mensajes secretos y llevarse los mejores dibujos digitales de los niños. Y su juego favorito es adivinar códigos».

Los niños lo miraban con los ojos muy abiertos.

«Si un código es corto o fácil de adivinar, como poni, 1234 o el nombre y el año de nacimiento de alguien, la máquina del Zorro puede descubrirlo en un instante. Y entonces la puerta se abre para él».



Lili se acercó a Miki, preocupada.

«No quiero que el Zorro se lleve mis dibujos. ¿Cómo hacemos un código que no pueda adivinar?».

Miki frunció el ceño, como cuando planeaba su torre de bloques más complicada.

«Huba, ¿cómo se hace un código fuerte? ¿Fuerte como un diamante?».

Los ojos de Kiber-Huba se iluminaron de alegría.

«Poniéndole un Escudo de Diamante, Miki. Primero, hacedlo largo. Podéis inventar una frase secreta con varias palabras que solo vosotros recordéis. No uséis vuestro nombre, vuestra fecha de cumpleaños ni nada que otra persona pueda averiguar fácilmente sobre vosotros».

«¿Como que a Lili le encantan los ponis?», preguntó Miki.

«Exacto», asintió Huba.

«Mi jersey me ha delatado», suspiró Lili, mirando los tres ponis de arcoíris que galopaban por él.



«Segundo», continuó Huba, «usad un código distinto para cada puerta importante. Si la misma llave abre todas las puertas, basta con que alguien la consiga una vez para poder entrar en todas partes».

«Y tercero, no contamos nuestro código a otras personas ni lo gritamos por todo InfoGalaxis», añadió Miki.

«Excepto a un adulto de confianza cuando necesitéis ayuda», aclaró Huba. «Y si una aplicación o un juego os ofrece una segunda cerradura, pedid a vuestros padres que os ayuden a activarla. Dos cerraduras son un reto difícil incluso para el Zorro Espacial».

Lili y Miki juntaron las cabezas. Inventaron una frase secreta larga y extraña que solo ellos conocerían. Miki la escribió mientras hasta Kiber-Huba apartaba la mirada con educación.

Tras el último carácter, el escudo de luz roja se volvió azul suave. Las enormes puertas de acero de la Ciberpuerta se abrieron con un leve siseo.



«El código es seguro. Acceso autorizado. ¡Bienvenidos a InfoGalaxis, Lili y Miki!», dijo el ordenador, ahora con una voz mucho más amable.

La Nave Burbuja se deslizó lentamente hacia el interior de la estación espacial. A su alrededor correteaban millones de robots diminutos. A lo lejos ya podían ver el escenario de su próxima aventura: un enorme lago brillante lleno de cajas de neón flotantes.

«¡Lo hemos conseguido!», aplaudió Lili. «¡El Zorro no puede entrar aquí!».

«Ahora no», sonrió Kiber-Huba. «Habéis aprendido la primera regla del espacio: vuestro secreto solo seguirá siendo vuestro si protegéis su llave. Pero ¡mirad! ¿Qué son todas esas cajas de regalo brillantes que hay en el mar digital?».



Capítulo 3: El Mar de Neón y la trampa del poni gratis

La Nave Burbuja siguió avanzando hacia el corazón de la estación espacial. Pero aquel lugar no estaba hecho de metal frío. Ante ellos se extendía un enorme lago de color azul oscuro y resplandeciente. Kiber-Huba lo llamaba el Mar de Neón. No era agua de verdad, sino una luz sedosa que fluía, y sobre su superficie flotaban millones de cajas cerradas de colores.

Algunas giraban como peonzas, otras tocaban música alegre y otras proyectaban monedas de oro en la oscuridad del espacio.

«¡Oh, mira, Miki! ¡Una caja rosa!», exclamó Lili, casi saltando contra la ventana. «Dice: “¡Haz clic aquí y consigue un poni de arcoíris de verdad, vivo! ¡Completamente gratis!”. ¡Miki, vamos a abrirla! ¡Solo hay que pulsar un botón!».

Miki ya estaba acercando la mano a la pantalla táctil de la nave. La caja parecía tan real... ¿Quién no querría un poni gratis?

Kiber-Huba se lanzó de pronto delante de su mano. Sus ojos brillaron de un rojo intenso y sus plumas metálicas repiquetearon suavemente, tensas.

«¡Alto, viajero espacial!», dijo muy serio. «¡No toques ese botón! Es un Cebo Brillante».

«¿Cebo? ¿Como el que usa el abuelo cuando va a pescar al lago?», preguntó Miki, retirando el dedo.



«Exactamente», asintió el búho metálico. «¿Por qué muerde un pececillo el cebo brillante que hay al final de un anzuelo? Porque cree que ha encontrado una cena deliciosa. Pero ¿qué se esconde detrás?».

«El anzuelo afilado», susurró Lili. «Pero la caja dice que dentro hay un poni. Las palabras no mienten».

Kiber-Huba se posó suavemente en el hombro de Lili.

«En InfoGalaxis, las palabras pueden decir cualquier cosa. El astuto Zorro Espacial y los robots piratas incluso pueden intentar averiguar qué os gusta para preparar cajas que os apetezca muchísimo abrir. Pero que algo esté escrito en una caja no significa que sea eso lo que hay dentro».

«Entonces, ¿qué podría haber?», preguntó Miki.

«Podría ser simplemente un engaño. Tal vez os pida información, intente gastar dinero o ponga en marcha un programa que cause problemas en la nave. A veces los problemas llegan sin que ni siquiera los veáis».

Lili miró la caja rosa. Ya no le parecía tan bonita. Era como una seta venenosa en el bosque: colorida y tentadora, pero mejor no tocarla.

«¿Cómo sabemos si es un regalo de verdad o un cebo?», preguntó Miki.

«En el Mar de Neón hay tres reglas de oro», dijo Kiber-Huba, con los ojos otra vez de un verde tranquilo. «Primera: si algo parece demasiado bueno para ser verdad, deteneos. Segunda: no abráis enlaces ni regalos en mensajes de desconocidos. Incluso si reconocéis el nombre, comprobad por otro medio que esa persona os lo ha enviado de verdad. Tercera: si no estáis seguros, usad el Freno de Emergencia Digital. No hagáis clic. Avisad a un adulto de confianza».



«¡Al Centro de Control de la Tierra!», dijo Lili.

«Es decir, a mamá y papá», asintió Huba.

En vez de pulsar la caja, Miki movió los mandos con decisión. La Nave Burbuja trazó una curva elegante alrededor de la trampa rosa y se dirigió hacia la ruta espacial despejada.

Al pasar junto a ella, la caja hizo ¡pum!, se convirtió en la cara de un zorro violeta sonriente y desapareció en la oscuridad.

«¿Ves?», le dijo Miki a Lili. «Solo era el Zorro».

«¡Muy bien!», los felicitó Huba. «Habéis aprendido a frenar en la pendiente digital. Ahora, ¡agarraos! A lo lejos brilla algo muy extraño. Parece una enorme nube que habla. ¡Hemos llegado a la Niebla Generativa!».



Capítulo 4: La Niebla Generativa y el loro sabelotodo

Miki guiaba con confianza la Nave Burbuja hacia el interior de InfoGalaxis. Detrás de ellos, las cajas de cebo brillante del Mar de Neón parecían pequeñas motas de polvo. Pero delante se alzaba una nube gigantesca en la que giraban luces violetas y doradas, acompañadas de un suave zumbido.

Era la Niebla Generativa.

Al acercarse, de la nube salieron chispas de luz y una enorme figura resplandeciente apareció ante la ventana de la nave. Parecía un loro de colores, pero, en vez de plumas, por su cuerpo fluían letras, números y líneas brillantes de código.

«¡Bienvenidos, pequeños viajeros!», gorjeó la criatura. Su voz sonaba como si hablaran cien cuentacuentos a la vez. «¡Soy el Loro IA! Aprendí a partir de los patrones de muchísimas historias y textos. Si me preguntáis, puedo inventar un cuento, responder preguntas y daros ideas en un abrir y cerrar de ojos».

Lili abrió mucho los ojos.

«¿Lo sabes todo? ¿Sabes incluso dónde he escondido mi osito de peluche favorito?».

«¡Por supuesto!», respondió orgulloso el Loro IA. «¡Tu osito está sentado en una nave de diamantes, volando hacia Marte para comer queso en la Luna!».



Miki se echó a reír y luego se quedó pensando.

«¡Espera! El osito está en el suelo, debajo de la manta. Y la Luna no está hecha de queso. ¡Te lo acabas de inventar!».

Kiber-Huba se posó en silencio sobre el timón. Sus ojos brillaban con amabilidad, pero también con una advertencia.

«El Loro IA no puede ver vuestra habitación y no sabe dónde está el osito», explicó. «Intenta crear una respuesta probable a partir de patrones de palabras. Se le dan bien muchas cosas, pero a veces se equivoca, mezcla información o dice con mucha seguridad algo que no es verdad».

«Entonces, ¿no todo lo que dice es cierto?», preguntó Lili, decepcionada.

«Exactamente. Puede ser un ayudante estupendo. Puede daros ideas, ayudaros a aprender o inventar cuentos. Pero las cosas importantes siempre hay que comprobarlas. Preguntad a un adulto de confianza, a un profesor o a un experto, y consultad también una fuente fiable».

«¿Puedo contarle nuestro código secreto para que me ayude a recordarlo?», preguntó Lili.

Los ojos de Kiber-Huba se volvieron naranjas al instante.



«¡Nunca! No damos nuestro código secreto, dirección, número de teléfono, fotos ni otros datos personales a un robot que habla. Si no sabéis qué es seguro compartir, preguntad antes a un adulto».

El Loro IA sacudió alegremente las plumas y a su alrededor chispearon letras.

«¡Así es, viajeros espaciales! Puedo ser una herramienta rápida y creativa en vuestras manos, pero los capitanes sois vosotros. ¡Preguntad, pensad y comprobad!».

El enorme pájaro se convirtió en una luz suave y abrió un camino para la Nave Burbuja. Más allá de la niebla apareció una nueva región de la galaxia: el Mundo de los Robots y los Bots, donde unas criaturas digitales capaces de moverse por sí solas esperaban a los siguientes viajeros.

Miki y Lili se sonrieron. Ya sabían cómo proteger su código secreto, evitar las trampas brillantes y por qué debían comprobar las respuestas de las máquinas inteligentes. Estaban preparados para su próxima gran aventura.



Capítulo 5: El lavado de manos digital y el viaje a casa

La Nave Burbuja dejó atrás lentamente la Niebla Generativa. Lili y Miki se recostaron en sus asientos, cansados pero contentos. A sus espaldas, millones de luces de neón brillaban por todo InfoGalaxis. A lo lejos ya podían ver su propio planeta azul: la Tierra.

Después de ver tantas cosas, a Lili le pesaban los ojos. Miki también se los frotó.

«Vaya, Huba», bostezó. «El viaje espacial ha sido increíble, pero siento como si tuviera hormiguitas bailando en los ojos».

Kiber-Huba descendió suavemente entre los dos niños. Sus ojos brillaban con una luz amarilla, cálida y tranquila, como una lamparita de noche.

«Eso es porque, amigos míos, los ojos y la atención pueden cansarse en el espacio digital», dijo con su voz musical. «Lo habéis hecho muy bien. Habéis protegido vuestro código secreto, evitado las trampas y aprendido a comprobar lo que os dicen los robots. Ahora toca la última regla del espacio, y quizá la más importante. Se llama Lavado de Manos Digital».

«¿Lavado de manos?», Lili levantó la vista y se miró las palmas. «¡Pero si no nos hemos ensuciado! ¡No hemos tocado barro ni comido chocolate!».



Huba se rio suavemente. Su voz tintineaba como pequeñas campanillas.

«En el mundo digital, el cansancio a veces es invisible. Cuando miramos una pantalla durante mucho tiempo, la cabeza se nos llena de luces parpadeantes, sonidos y muchísima información. Es como si unas motitas de polvo digital se pegaran a nuestros pensamientos. Si las llevamos encima sin descansar, puede costarnos más dormir, prestar atención o tranquilizarnos».

«¿Cómo se lavan las manos digitalmente?», preguntó Miki mientras la nave empezaba a bajar hacia la casa del abuelo.

«Con tres pasos sencillos», explicó Huba. «Primero, cerramos lo que estábamos usando y, si hace falta, cerramos la sesión. Ese es el jabón. Después, dejamos la pantalla o la apagamos. Esa es el agua. Por último, volvemos al mundo real: salimos a tomar el aire, abrazamos a alguien, construimos algo con bloques de madera, dibujamos, movemos el cuerpo o miramos por la ventana. Esa es la toalla suave».



Con un leve siseo, la Nave Burbuja aterrizó en el suelo del desván. La luz de la caja plateada se fue apagando lentamente.

Miki se acercó a la pantalla de cristal y la apagó con un movimiento decidido. Había terminado su Lavado de Manos Digital.

Lili respiró hondo y reconoció el olor antiguo, familiar y seguro del desván. En sus ojos ya no brillaban estrellas, sino la luz cálida que subía desde la escalera.

«¡Gracias, Huba!», susurró, despidiéndose con la mano de la caja, que volvía a parecer un objeto sencillo y bonito.

Desde abajo llegó el olor de las tortitas y oyeron la voz de mamá:

«¡Niños, la cena está lista!».

Miki y Lili se miraron, se cogieron de la mano y bajaron corriendo las escaleras. Sabían que InfoGalaxis los esperaría. Pero ahora los aguardaba la misión más importante de todas: comer tortitas de verdad en el mundo real, completamente a salvo.

Fin del primer libro.

Diario de misión de Kiber-Huba

Cuatro reglas para viajar de forma más segura por InfoGalaxis:

1. Escudo de Diamante
¡Usa un código secreto largo y único y no se lo des a otras personas!

2. Cebo Brillante
¡Detente antes de hacer clic! Si algo parece demasiado bueno para ser verdad, pregunta a un adulto.

3. Loro IA
Una máquina inteligente puede ayudar con muchas cosas, pero también puede equivocarse. ¡Comprueba siempre las respuestas importantes!

4. Lavado de Manos Digital
Cierra la sesión, apaga la pantalla y vuelve al mundo real.

Tú eres el capitán.

Sobre la autora: Andrea Becsei

No soy informática. Tampoco soy psicóloga ni profesora.

Soy una madre a la que sencillamente le fascinó el mundo que la inteligencia artificial abrió ante nosotros.

La cantidad casi inimaginable de conocimientos que hoy cualquiera tiene al alcance de la mano. Poder preguntar, aprender, crear y descubrir cosas para las que hace pocos años habrían hecho falta recursos muy diferentes. Y, al mismo tiempo, veo lo inseguros que todavía nos sentimos los adultos ante todo esto.

Al cabo de un tiempo, una pregunta no dejaba de rondarme:

Si nosotros apenas estamos aprendiendo cómo funciona este mundo, ¿qué pasará con nuestros hijos, que crecen dentro de él?

Quizá me importaba tanto porque siempre había enfocado de una manera un poco distinta esta parte de la educación de mis propios hijos.

En nuestra casa, las pantallas nunca fueron el enemigo. Si de pequeños querían ver dibujos animados, podían hacerlo. Después llegaron la tableta, el ordenador, los videojuegos y todo lo demás que va entrando en tu vida cuando tienes dos chicos. Eso no significa que yo me sentara a su lado con una calma celestial. A veces sentía que iba a perder la cabeza. Pero nunca creí en prohibirlo todo. Siempre pensé que, si la tecnología formaba parte del mundo en el que iban a vivir, apartarlos de ella no era la forma de protegerlos. Prefería ayudarles a aprender a utilizarla.

Hay una frase que probablemente estén cansados de oírme: mantén el equilibrio.

Juega. Usa el ordenador. Mira dibujos. Explora. Pero también levántate. Sal fuera. Come. Habla. Haz algo completamente distinto. Y luego, si te apetece volver a jugar, vuelve. La idea es que el mundo digital forme parte de su vida, sin convertirse en su vida entera.

Y, más o menos, así empezó InfoGalaxis.

Las primeras ideas me llegaron mientras trabajaba. Estaba limpiando y, como me pasa a menudo, mi cabeza estaba en otra parte. Un pensamiento llevaba a otro. ¿Y si empezáramos cuando los niños aún son muy pequeños? ¿Y si habláramos de los riesgos de internet antes de que ocurriera algo? ¿Y si, en lugar de asustarlos, los ayudáramos a reconocer las señales? La idea me acompañó durante semanas. La pensé, fue tomando forma, creció y se conectó con más ideas. En algún momento comprendí que no quería hacer solo un libro. Quería crear todo un mundo. Algo que pudiera crecer con los niños y enseñarles, mediante historias, personajes, juegos y actividades, lo que quizá olvidarían cinco minutos después de una larga explicación de un adulto. Así nació InfoGalaxis.

Por qué merece la pena seguir construyendo

Si hay algo que me gustaría que un niño se llevara de InfoGalaxis, es la capacidad de reconocer las señales. Darse cuenta de que algo es extraño. Atreverse a pensar sobre lo que ve o lo que le piden. Mantener la calma, sin creérselo todo automáticamente. Sentirse capaz de preguntar y saber que siempre puede acudir a un adulto de confianza. El objetivo es ayudarle a orientarse por el mundo digital con cada vez más confianza, en lugar de miedo.

A las familias me gustaría ofrecerles algo que a mí me habría venido muy bien: un punto de partida sencillo para hablar de estos temas con un niño pequeño. Aún no sé hasta dónde llegará InfoGalaxis. A veces también tengo dudas. Entonces me encuentro con otra historia sobre algo que les ha pasado a unos niños en internet, y vuelvo a la misma conclusión: merece la pena seguir construyéndolo.

No para enseñar a los niños a temer el mundo en el que crecen.

Sino para ayudarlos a aprender a pensar dentro de él.



Andrea Becsei

Creadora de InfoGalaxis
linkedin.com/in/andrea-becsei

Kiber-Huba volverá pronto con una nueva misión.

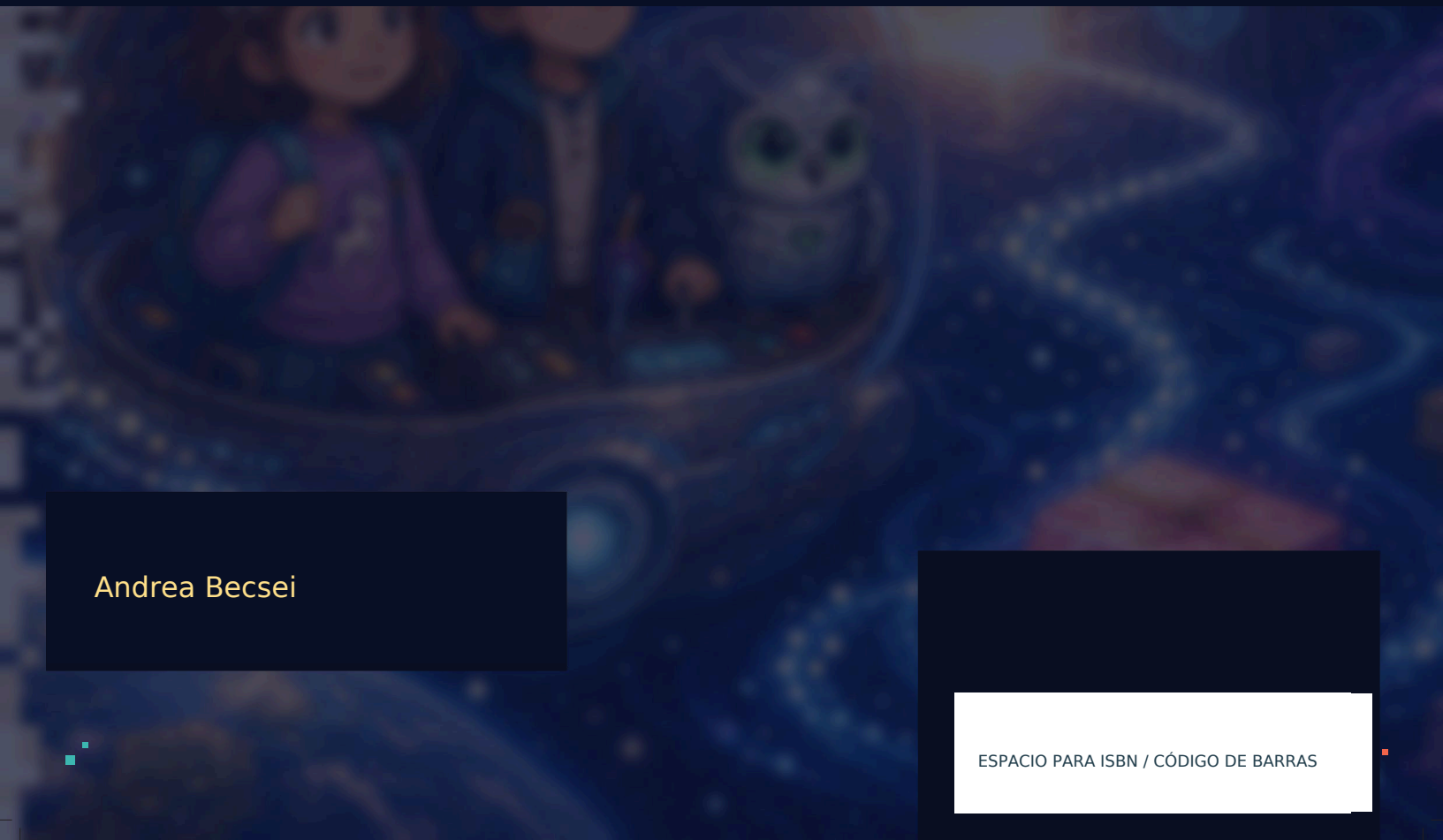
Tú eres el capitán.

CIBERAVENTURAS EN INFOGALAXIS

Libro 1: El código secreto de la Puerta Estelar

Lili y Miki viajan a InfoGalaxis gracias a una misteriosa caja plateada. Con Kiber-Huba a su lado, aprenden a proteger sus códigos secretos, reconocer las trampas brillantes de internet, comprobar las respuestas de las máquinas inteligentes y saber cuándo es el momento de volver al mundo real.

Una introducción a la seguridad digital llena de historias y juegos para niños de 5 a 8 años, para leer, conversar y descubrir juntos.



Andrea Becsei

ESPACIO PARA ISBN / CÓDIGO DE BARRAS